

## Palabras del Dr. Hugo Lindo

Desde que un tema comienza a germinar en el alma del escritor, hasta que se convierte en libro impreso, ¡cuántos misterios gozosos, dolorosos y gloriosos lo acompañan en su crecimiento!

A ratos se siente exultante, casi seguro de una clave, rico de entusiasmo, deslumbrado de maravilla.

Luego vienen noches de insomnio aparentemente injustificado. Ideas difusas, casi amorfas, en tremenda batalla por encontrar sus propios perfiles y su vaso expresivo. Dudas y problemas torturantes, ya de orden conceptual, ya de naturaleza técnica. Sensaciones de impotencia y fracaso. Cruelles empinamientos de la voluntad...

No se ha empleado la palabra "misterio" de una manera arbitraria. En el proceso de creación se presenta una multitud de factores imprevistos e imponderables, que no pueden sino considerarse como arcanos. Más allá, mucho más allá de la intención inicial, llegan a veces a los soplos inefables que vienen de alguna parte y se truecan en letras sobre la albura del papel.

8 Se sabe a medias, sólo a medias, sonambúlicamente, qué es lo que se intenta. Pero casi nunca se sabe qué es lo que se logra, ni en donde fallan los esfuerzos. Buena parte de la tarea queda librada a la inteligencia y sensibilidad del lector, quien es, en alguna medida, coautor, porque otorga al fruto una dimensión de entendimiento. Por ello puede afirmarse que la obra no es unívoca: tiene tantos sentidos cuantos el buen lector pueda advertir en ella, completando sus direcciones primigenias.

Hoy el autor experimenta los misterios gloriosos de la obra editada, de la gentilísima presentación, de las nobles y laudatorias palabras que han sido prodigadas a su quehacer literario, de la benévola acogida. Y es tal su emoción, que apenas si acierta a balbucir una expresión de gratitud para todos aquellos que lo acompañan con su comprensión y su bondad, y, de modo preferente, para los doctores Ignacio Martín Baró, Representante en este acto del Consejo Editorial de la UCA, y Alfredo Martínez Moreno, Director de la Academia Salvadoreña de la Lengua, así como para los integrantes del coro universitario que tan hermosamente dignifica esta reunión.

¿Qué pretendió el autor? ¿Cómo vinieron a su mente personajes y acontecimientos? ¿Qué sentido tiene cada temperamento, o hacia dónde nos lleva cada episodio?

Para que el amable público pueda entrever hasta qué punto el vocablo "misterio" ha señoreado esta empresa de más de tres años, será menester confesar -- que el autor no pretendía escribir una novela. Intentaba algo diferente. Quería escribir un relato breve, un cuento de una diez a quince páginas. Pero los personajes y sus ambientes fueron creciendo por su cuenta y reclamando un espacio mayor. Así, pronto hubo cuarenta páginas, y luego ciento cincuenta, y trescientas... Y el "cuento breve" llegó a sobre pasar las seiscientas páginas manuscritas y las quinientas de texto mecanográfico.

A veces había pugna entre los designios del escritor y la tiránica voluntad de los personajes, pues cada uno de ellos pechaba por la afirmación de su propia naturaleza. A veces se llegaba a un acuerdo. A veces había que concertar una tregua de dos, cuatro meses, durante la cual los manuscritos dormían - entre el glorioso desorden de un millar de papeles. Y en otras oportunidades, había que recomenzarlo todo, desde la primera línea. Tres impulsos originales fueron desechados antes de llegar al texto final, que hoy se da a conocer públicamente.

Hay, pues, en la obra, algunas cosas que el escritor quiso decir o dar a entender. Porque no todo se escribe, y el buen lector sabe leer lo intencional y lo preterintencional en el aparente vacío que separa las líneas de lo impreso.

Pero hay también muchas cosas que son hijas del capricho o del designio de los protagonistas, quienes quisieron, en su fingida intemporalidad, dar testimonio de alguna circunstancia histórica, y en su engañosa inespacialidad lírica, afincar por momentos en algún rincón de la geografía.

Y basta por ahora con la muestra, casi impúdica, de los entretelones de esta suerte de creación novelesca, en que el escritor considera haber sido, -- más de una vez, mero amanuense de un daimón socrático.

